

NEW LEFT REVIEW 144

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2024

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN Gaza y Nueva York 7

ENTREVISTA

SERGE HALIMI La situación de Francia 25

ARTÍCULO

OLIVER EAGLETON El moldeado del mundo de
Therborn 49

HITO STEYERL ¿Formación del sentido común? 77

SAUL NELSON El *kitsch* en la alta cultura 91

LOÏC WACQUANT Sobre el afropesimismo 105

LEO ROBSON Jameson después de la poscrítica 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Tarea inconclusa 143

PATRICIA McMANUS Maneras de leer 152

CIHAN TUĞAL Viejas nuevas izquierdas 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



ALEXANDER ZEVIN

Editorial

GAZA Y NUEVA YORK

*Cuando el hedor es insoporable,
se pronuncian las palabras más altisonantes.
Si un hombre tiene que taparse la nariz,
¿cómo va a taparse los oídos?*

Bertolt Brecht, «Sobre la noticia del baño
de sangre *tory* en Grecia».

PARA COMPRENDER LA posición única que ocupa Israel en la política nacional estadounidense basta con comparar las pasiones desatadas por las sucesivas guerras en torno a Palestina con las generadas por la invasión rusa de Ucrania. Aunque esta última ha tenido una presencia realmente omnipresente en la esfera pública estadounidense desde febrero de 2022, la adhesión a ella ha sido en su mayor parte superficial, producto de la actividad de los medios de comunicación como atestiguan incontrovertiblemente el práctico colapso del interés por el destino de Kiev, en torno al cual se suponía que giraba la lucha entre la democracia liberal y la autocracia, tras los ataques perpetrados por Hamas el pasado 7 de octubre y el subsecuente asalto israelí, que han concentrado la totalidad de la atención en Oriente Próximo. Si desde entonces no han dejado de suscitarse encendidas emociones sobre el destino de Ucrania, la proporción de sentimientos genuinos –odio, miedo, indignación– es mucho mayor en el caso de Oriente Próximo, hecho derivado de un siglo de colonización sionista y de resistencia regional, sobredeterminadas ambas por los correspondientes cálculos imperiales de la potencia estadounidense. El exterminio de los judíos en Europa y la expulsión de los árabes de su hogar ancestral en Palestina son catástrofes, que siguen resonando entre los respectivos grupos de afinidad de los cuatro continentes.

Como sucede con el armamento y el territorio del que disfruta cada uno de los bandos en el conflicto palestino-israelí, los recursos materiales e ideológicos de ambos en Occidente son asombrosamente disímiles. Estados Unidos ejemplifica esta asimetría. En este país Israel no solo puede recurrir a enormes reservas emocionales, sino también contar con electorados motivados que se reparten entre los dos grandes partidos de acuerdo con sus dispersiones geográficas habituales: de los judíos a los sionistas cristianos; de las sinagogas del oeste de Los Ángeles a las megaiglesias del este de Texas y Alabama. Como objeto de estrategia electoral, la cuestión se remonta a Truman, cuya evolución gradual para respaldar la creación de Israel como un Estado judío respondió en parte a las perspectivas electorales demócratas en 1946 y 1948, incluido el temor a perder Nueva York, si no lo hacía¹. El «lobby sionista», como se le conoció desde entonces, ha crecido más allá de lo que justificaría cualquier tipo de cálculo puramente electoral, llegando a convertirse en una de las operaciones de influencia más atentamente monitoreadas en Washington.

Stephen Walt y John Mearsheimer diseccionaron por primera vez su funcionamiento en 2006 tras la invasión estadounidense de Iraq. Al no poder publicar su artículo «The Israel Lobby» en un medio estadounidense, lo hicieron en la *London Review of Books*. En su análisis, el extraordinario nivel de apoyo militar y diplomático prestado a Israel nunca reflejó una opción estratégica racional y menos aún un consenso sólido bien anclado en la sociedad estadounidense, sino, por el contrario, la capacidad de «impedir que los análisis críticos fueran escuchados con imparcialidad», en medio de una indiferencia generalizada, ya que la existencia de «un debate franco sobre las relaciones existentes entre Estados Unidos e Israel podría llevar a los estadounidenses a favorecer

¹ El *lobby sionista*, como realidad distinta de la comunidad judía, dado que sectores de la misma rechazan el sionismo, tuvo menor importancia que la presencia de asesores sionistas en la Casa Blanca, la existencia de financiadores de los dos partidos predominantes, la actividad de las organizaciones cristiano-sionistas y los votos del Colegio Electoral de Nueva York (así como los de Connecticut, Illinois, Pensilvania y California). En noviembre de 1947 Clark Clifford, el principal asesor de Truman sobre Palestina, presentó un memorándum en el que señalaba: «El voto judío, en la medida en que puede considerarse un bloque, solo es importante en Nueva York. Pero, excepto en el caso de Wilson en 1916, ningún candidato desde 1876 ha perdido Nueva York y ganado la presidencia del país, constituyendo sus cuarenta y siete votos naturalmente el primer premio en cualquier elección». Los judíos constituían aproximadamente el 14 por 100 de la población del estado y el 20 por 100 de la de la ciudad de Nueva York. Véase Michael Cohen, *Truman and Israel*, Berkeley y Los Ángeles (CA), 1990, pp. 54-56, 60-61. Véase también la conversación sobre las elecciones al Congreso mantenida por Truman con Ernest Bevin en 1946, p. 68.

una política diferente». La implementación de esta política dependía de tres factores: el ejercicio de un férreo control del poder legislativo, la influencia sobre el poder ejecutivo y los esfuerzos efectuados por los *think tanks*, las universidades y los medios de comunicación para influir en la opinión pública. Veinte años después, ¿qué revelan las actuales turbulencias sobre la situación de Israel en cada uno de estos ámbitos?

Confinamiento político

Respecto al Congreso la extensión del consenso es en cierto sentido todavía más sofocante. Tras los atentados del 11/S, Bush Jr presionó en un primer momento a Israel para que detuviera la operación Escudo Protector, esto es, su invasión de Cisjordania para aplastar la Segunda Intifada, aduciendo que aquella perjudicaba los intereses estadounidense en el mundo musulmán en cuyo seno el presidente estadounidense pretendía ganar colaboradores para combatir su Guerra contra el Terror. El Congreso respondió con dos resoluciones de apoyo a Israel y un paquete de ayuda, aprobados por 94 votos a favor y 2 en contra en el Senado y por 352 votos a favor y 21 en contra en la Cámara de Representantes. Veinte años después, en octubre de 2023, una resolución similar fue aprobada en esta última por un margen todavía mayor, esto es, 412 votos a favor y 10 en contra. El proyecto de ley de financiación que la acompañaba también supera con creces la oferta precedente: incluso si los Republicanos eliminan los desembolsos destinados a Ucrania y se añaden unas pocas migajas de ayuda humanitaria para aliviar la situación de Gaza, aprobadas a modo de consuelo para apaciguar los corazones siempre más tiernos de los Demócratas, esta resolución se aprobará sin duda entre los vítores del Partido Demócrata y del Partido Republicano, lo cual supondrá el envío de 14 millardos de dólares a Israel, que se sumarán a los 3,8 millardos recibidos anualmente desde 2016 a tenor del correspondiente acuerdo firmado por Obama.

En todo caso estas cifras subestiman la uniformidad de la opinión existente en el Congreso, al tiempo que ocultan el papel específico desempeñado por cada uno de los partidos en la exclusión del debate en esta sede. Todos menos uno de los representantes que se opusieron a la resolución de octubre pertenecían al Partido Demócrata: si bien el American Israel Public Affairs Committee (AIPAC) ha lanzado su habitual ofensiva contra ellos –Jamaal Bowman e Ilhan Omar se enfrentarán en las primarias a sus correspondientes contrincantes–, lo ha hecho en

estrecha connivencia con los líderes del Partido, que consideran que su trabajo es acallar cualquier tipo de propuesta sobre un alto el fuego en Gaza procedente de esos sectores. Por defender a los manifestantes que hacían esta petición y condenar a Israel por el ataque al hospital Al Ahli, Rashida Tlaib fue censurada por «promover falsas narrativas» y por «pedir la destrucción del Estado de Israel». Los Republicanos patrocinaron esa moción, pero veintidós representantes demócratas votaron a favor de su aprobación, entre ellos los principales receptores de dinero del AIPAC en Nueva York, esto es, Ritchie Torres y Hakeem Jeffries, el líder de la minoría demócrata. Este último se unió a Nancy Pelosi, Chuck Schumer y al nuevo portavoz republicano Mike Johnson en la Marcha por Israel celebrada en el National Mall de Washington DC, que discurrió con banderas estadounidenses e israelíes como telón de fondo al grito de «no al alto el fuego» y «nunca más».

Setenta representantes demócratas ya habían firmado una declaración que mostraba su «rechazo por el uso de la frase “Desde el río hasta el mar”». ¿Supone la existencia de un único Estado binacional «el genocidio del pueblo judío»? Se trata del programa histórico de la izquierda israelí, incluido el Partido Comunista Panisraelí-Palestino. Esto era diferente de la censura republicana. Al proporcionar cobertura a las políticas reales de Tel Aviv y Washington era peor que esta, porque al excluir un posible alto el fuego en nombre del «derecho y la obligación de Israel de defenderse» proponía una «pausa humanitaria limitada en el espacio y el tiempo», si se cumplían determinadas condiciones, incluida «la liberación de todos los civiles palestinos detenidos por Hamás como escudos humanos en Gaza». ¿Los dos millones de habitantes de Gaza lo eran? ¿Dónde desplegaban sus efectos estos escudos? Mientras los misiles Hellfire y otros artefactos de fabricación estadounidense impactaban contra hospitales, escuelas, universidades, edificios de viviendas, campos de refugiados y convoyes de ayuda humanitaria, el Congreso se entretenía con las publicaciones en las redes sociales de su único miembro palestino, perdiendo un tiempo precioso mientras Gaza ardía.

Mientras aumenta la destrucción, sigue reinando una siniestra frivolidad. Puede que más miembros hayan firmado posteriores declaraciones apoyando un alto el fuego o una pausa de las hostilidades o la aplicación de las leyes en vigor, que prohíben la exportación de armas susceptibles de hacer daño a los civiles; sin embargo, cada una de esas declaraciones pone de relieve la curiosa pasividad de los legisladores, como si

fueran meros peticionarios situados al margen del poder en lugar de representantes elegidos por la ciudadanía para ejercerlo. Ignorándolas, la Cámara de Representantes siguió adelante aprobando puntualmente una resolución antes del Día de Acción Gracias, que se limitaba a definir el antisionismo *como* antisemitismo: 311-314 votos a favor, a los que se suma la abstención de 92 representantes demócratas. Jerrold Nadler, congresista por el Upper West Side de Manhattan, sugirió educadamente que esto no era así desde un punto de vista histórico y que ello incluso podría utilizarse para atacar a sus electores por haber efectuado críticas elementales al actual gobierno israelí en el que es el segundo distrito con una mayor concentración de población judía del país.

Por encima de esta refriega, la Casa Blanca ha parecido funcionar en modo piloto automático, siguiendo el guion de gobiernos anteriores: Estados Unidos como mediador honesto, que apunta a horizontes estratégicos o morales más amplios capaces de definir acuerdos, marcos u hojas de ruta: el espejismo de la solución de los dos Estados. Biden se ha apresurado a visitar Israel para abrazar a Netanyahu. Blinken ha viajado a la región cuatro veces durante el último mes, visitando en cada ocasión Israel, además de a sus «socios» Jordania, Emiratos Árabes Unidos, Qatar, Bahrein, Iraq, Arabia Saudí, Egipto y Turquía. Estos viajes, presentados como un «acto de equilibrio», han ofrecido diversas ocasiones para instar públicamente a Israel a que actúe con «moderación» y acepte las «pausas humanitarias», mientras Estados Unidos intenta sobornar a El Cairo y Ammán para que abran sus fronteras a una nueva *Nakba* de refugiados procedente de Gaza y Cisjordania. En su tambaleante comparecencia en Tel Aviv, Biden invocó la experiencia de Washington con el 11-S para advertir de que «aunque buscamos y obtuvimos justicia, también cometimos errores». En boca de un político responsable, sus comentarios sonaron casi autorreflexivos, un especie de consejo ofrecido humildemente a un amigo, aunque el hecho de no especificar cuales fueron esos errores o cómo podrían cuadrarse con la justicia, convirtiera tales comentarios en banales.

En la práctica, sin embargo, la mano de contención puesta sobre Israel ha sido en realidad una palmadita en la espalda. Desde el punto de vista militar, la afluencia de material a la región ha tenido justo el objetivo contrario: inmovilizar a Hezbolá en el Líbano y disuadir a Irán para que Israel pueda llevar a cabo su invasión terrestre sin interferencias indebidas. De ahí el envío de dos grupos de portaaviones de ataque al Mediterráneo oriental, de al menos un submarino nuclear adicional, de aviones de combate de la Fuerza Aérea Británica

procedentes de la base de Lakenheath (Suffolk), de aviones de ataque terrestre A-10 y de sistemas de defensa aérea. Estados Unidos vigila el tráfico de señales desde el Negev, mientras sus drones vigilan Gaza desde el aire; en alta mar, tiene acceso abierto a las zonas de soberanía británica en Chipre, donde la base de Akrotiri actúa como centro de entrega de armas y desde la cual la NSA proporciona inteligencia a Israel, incluido el apoyo a la determinación de objetivos. Alrededor de 57.000 soldados y contratistas militares están estacionados en toda la región, algunos de los cuales ya están llevando a cabo ataques desde determinadas bases situadas en Iraq y Siria, alegando que han sido atacados por milicias «respaldadas por Irán». Frente a estas escaladas destinadas a «evitar la escalada», ¿en qué se ha traducido la moderación? La moderación ha consistido en animar a Israel a «utilizar bombas de menor tamaño», que Estados Unidos le está proporcionando junto con las bombas antibúnker, que arrasan las calles de las ciudades como una nube de langostas de metralla.

Diplomáticamente, el comportamiento del gobierno estadounidense ha sido más contundente. El bloqueo de las votaciones de la ONU adversas a Israel, por suaves que sean estas –el 18 de octubre Estados Unidos vetó una resolución brasileña, que condenaba la violencia indiscriminada contra el conjunto de la población civil e instaba a prestar ayuda humanitaria a los palestinos desplazados– es una práctica habitual. También da tiempo a Israel para llevar a cabo su metódica matanza de civiles, que al cierre de esta edición ascendía a más de 32.000 personas, dos tercios de ellas mujeres y niños, mientras Estados Unidos dirige las negociaciones destinadas a inventar un mecanismo, que permita gobernar lo que quede de Gaza al final de la masacre. La presión sobre Egipto y Jordania para que acojan a un millón de refugiados respectivamente parece haber fracasado a pesar de los emolumentos financieros y el supuesto respaldo del «enviado humanitario especial» de Biden². Pero ello deja abiertas otras múltiples opciones: una fuerza internacional, organizada bajo los auspicios de los países árabes,

² David Satterfield, exembajador de Estados Unidos en Líbano (1998-2001), fue nombrado por Trump en 2017 subsecretario de Estado adjunto para Asuntos de Oriente Próximo. En 2005 el FBI descubrió que había pasado información clasificada a los lobistas del AIPAC Steven Rosen y Keith Weissman; Rosen presuntamente entregó después parte de esa información a Israel. Los cargos contra Rosen y Weissman fueron retirados en 2009; Satterfield nunca fue acusado: funcionarios del Departamento de Estado argumentaron que había «actuado dentro de sus atribuciones». Véase John Hudson, «As Leak Probes Abound Tillerson Promotes Diplomat Who Passed Classified Info to AIPAC», *Buzzfeed*, 16 de agosto de 2017; Akbar Shahid Ahmed y Rowaida Abdelaziz, «Who “Would Accept Such a Life?” Gaza Conditions Worsen as US Aid Comes Up Short», *HuffPost*, 10 de noviembre de 2023.

Naciones Unidas o la OTAN, quizá con la Autoridad Palestina presente en Cisjordania a modo de hoja de parra nativa injertada por la fuerza en Gaza³.

La oposición estadounidense a la multiplicación de los llamamientos internacionales para que se verifique un alto el fuego no es categórica o indefinida, sino concebida para controlar su ritmo y sus términos. La mayoría de los casos de disenso verificados en el poder ejecutivo deben leerse desde esta perspectiva. Cuando Israel dijo a los palestinos del norte de Gaza que abandonar sus hogares el 12 de octubre pasado, el Departamento de Estado advirtió a su personal que evitara tres frases en su propia preparación para la invasión terrestre: «desescalada/alto el fuego», «fin de la violencia/derramamiento de sangre», «restablecimiento de la calma». Muchas «filtraciones» desde entonces han sido simplemente variaciones de esta directiva: una cuestión de ritmo. «La Casa Blanca se siente frustrada por el ataque israelí, pero ve pocas opciones al respecto», revelaba *The Washington Post* un mes después, cuando las muertes civiles confirmadas superaban el total de las registradas durante los dos años de guerra en Ucrania.

Perder la cabeza, perder el hilo

A diferencia de lo que sucede en los pasillos del poder, lo que ahora parece más inestable es el control sobre la opinión pública. Dos tercios de los votantes estadounidenses apoyan un alto el fuego, que se eleva al 80 por 100 entre el electorado demócrata. Por primera vez en dos décadas, los votantes demócratas dicen simpatizar más con los palestinos que con los israelíes. La aceptación de Biden ha caído más netamente (15 puntos) entre los jóvenes entre 18 y 34 años, mientras que el 70 por 100 de los mismos desaprueba su gestión de la guerra. La solidaridad con los palestinos, bloqueada hasta ahora en el plano político, ha encontrado nichos en la industria cultural, en general gracias a las nuevas publicaciones y revistas, a la actividad publicística y las redes sociales, al mundo del arte y el cine, así como al mundo académico, lo cual es por derecho propio un signo de crisis, ya que, como señalan Walt y Mearsheimer, el estatus especial de Israel se ha definido tradicionalmente por su aislamiento del debate; un trampantojo de la imagen de asentimiento público generalmente suficiente para imponerlo en la realidad.

De ahí la feroz respuesta que muchos propietarios, directores ejecutivos, fideicomisarios y administradores han dado a las muestras de disidencia

³ James Shotter, «Palestinian Authority and US Work Up Postwar Plan for Gaza», *Financial Times*, 8 de diciembre de 2023.

surgidas en el seno de las instituciones que dirigen y en las cuales incluso las desviaciones gestuales han sido duramente castigadas. Dependientes de los donantes, de los abonados, de las entradas, de los clics y, en mayor o menor medida, de la buena voluntad del Estado, la «mejor práctica» consiste en mantener las cosas férreamente bajo control. ¿Hasta qué punto todo ello ha tenido éxito? Por un lado, se trata de una guerra de palabras, librada con los medios de que dispone este entorno, incluidos su tono y su vocabulario: acusaciones de intimidación, amenazas, acoso, condiciones inseguras; vigilancia y control del discurso aceptable. La Anti-Defamation League ha lanzado una contundente campaña para descalificar el eslogan «Del río hasta el mar» por considerarlo «exterminacionista». Estos juegos de lenguaje extraen su poder de sus insinuaciones de violencia en el tranquilo contexto del trabajo de cuello blanco; cuando se contraponen al sufrimiento de quienes están siendo bombardeados y asediados para intimidar a quienes podrían tener reparos al respecto, corren el riesgo de provocar la respuesta contraria. La *crème de la crème* del joven precariado intelectual judío estadounidense –escritores, artistas, académicos– firmó una elocuente denuncia de la fórmula «antisio-nismo es igual a antisemitismo» bajo el título «A Dangerous Conflation», publicada por *n+1* después de que una «revista de propiedad corporativa» se negara a publicarla.

Pero las consecuencias de adoptar una postura pública han sido contundentemente reales. En Nueva York han volado las cartas publicadas en los medios optando por una u otra postura, con algunos signatarios, por entusiasmo o arrepentimiento, firmando unas y otras misivas. E igualmente ha sucedido con las dimisiones y los despidos. El propietario de *Artforum* Jay Pense, el multimillonario heredero del grupo automovilístico y de transporte del mismo nombre y propietario del conglomerado Pense Media Corporation, despidió a su director una semana después de que publicara una carta abierta «en solidaridad con el pueblo palestino». La campaña en torno a su despido tuvo una cara pública, dirigida por los galeristas Dominique Lévy, Brett Gorvy y Amalia Dayan (nieta de Moshe Dayan, el general ciclópeo que dirigió los combates de las Fuerza Armadas de Israel durante la crisis de Suez y la Guerra de los Seis Días y cuya carrera se remonta a las actividades de represión de la Haganah durante la década de 1930), y otra privada en la que un multimillonario heredero de BedBath & Beyond presionó a artistas, galerías y otros coleccionistas para que retiraran sus firmas de la carta abierta publicada en *Artforum* y eludieran otras muestras de solidaridad con el pueblo palestino. En The 92nd St Y, el prestigioso centro cultural y comunitario del Upper East Side de Manhattan, el personal del centro de poesía

dimitió después de que su junta presionara al director para que cancelara una charla de Viet Thanh Nguyen, basada en una carta que había firmado en la *London Review of Books* en la que deploraba la «matanza deliberada de civiles» y en la que también pedía un alto el fuego y que la ayuda humanitaria pudiera llegar a Gaza.

Nueva York es el terreno en el que se libra esta guerra de posiciones por dos razones obvias: porque la ciudad es la sede de los museos, universidades, editoriales, sedes corporativas, bancos y organizaciones sin ánimo de lucro más importantes del mundo; y porque en ella vive más población judía que en ninguna otra ciudad del planeta. En Nueva York son tan densos los lazos sentimentales o de parentesco con el Estado de Israel, como lo es la concentración de judíos que no los tienen, que son no practicantes o que proceden de tradiciones críticas o incluso hostiles al mismo como sucede con los jasidistas *satmar* y con los socialistas, incluidos los sionistas laboristas desilusionados y sus descendientes. Centro de la «comunidad judía», la ciudad también alberga una consistente diáspora árabe, cuyo tamaño es menos de la cuarta parte de la judía, pero que ha impulsado reivindicaciones más amplias en favor de una Palestina libre y que ha soportado la peor parte de las acusaciones de antisemitismo por esta razón, a pesar de la presencia de tantos neoyorquinos judíos junto a ellos.

Entre los medios impresos *The New York Times* ha proporcionado las noticias y los análisis más completos de la guerra desde principios de octubre en comparación con sus homólogos liberales de gran circulación en Estados Unidos: la información de *The Guardian* es tan escasa como la que puede encontrarse en una tienda de Oxfam y en sus páginas podemos leer artículos de Yuval Noah Harari y Jonathan Freedland sosteniendo una sección de opinión, que puede condenar a Netanyahu, pero no su guerra contra «un tipo diferente de enemigo» que es Hamás, y que no pide un alto el fuego, lo cual se halla incluso por debajo de los niveles de la CNN, donde Jake Tapper criticó sin ambages al gabinete israelí por su intolerancia antiárabe y por el asesinato de más de ciento setenta palestinos en Cisjordania en el plazo de un mes. *The Economist* milita, como de costumbre, en una liga aparte, con titulares como «Why Israel Must Fight On», bajo fotos de una ciudad de Gaza en ruinas.

A principios de noviembre varios medios comenzaron a reconsiderar su posición. El bombardeo del hospital Al-Shifa puede haber sido el punto de inflexión: los bebés, las súplicas de las enfermeras cuando se agotaba la energía, las imágenes y los sonidos que desbordaban las

justificaciones del ataque, trufadas de afirmaciones de que el sótano era un «centro de mando» (más tarde un «nodo») de Hamás. *The New Yorker* expresó su preocupación por la disparidad en la muerte y la destrucción, con el editor David Remnick viajando a Israel para verlo por sí mismo, mientras *The Atlantic*, revista situada en el extremo derecho del espectro liberal, siguió ignorando a los palestinos de la mano del exguardia de prisiones de las Fuerzas Armadas de Israel Jeffrey Goldberg, su editor jefe. El consejo editorial de *The New York Times* también dio un giro. Sin revisar su declaración inicial de que «Israel está luchando por defender una sociedad que valora la vida humana y el Estado de derecho», el 3 de noviembre el periódico afirmó que «merecía la pena intentar» una pausa humanitaria, mientras una semana más tarde publicó el ensayo del historiador Omer Bartov, colaborador invitado, en el que exigía una acción rápida para detener la violencia «insoportable e insostenible» desplegada en Gaza⁴.

Pero ello va acompañado del inconfundible estilo de la casa, que tiende a burlarse de lo que sus reporteros transmiten a la sede del periódico en la 41st Street: construcciones en voz pasiva y coberturas tan elaboradas que es difícil saber quién hace qué a quién. Después de que Israel bombardeara un campo de refugiados *The New York Times* afirmaba: «*explosions Gazans say was airstrike leaves many casualties in dense neighborhood*» [explosiones que los gazatíes atribuyen a un bombardeo aéreo dejan innumerables bajas en un barrio densamente poblado]; hospitales en torno a los cuales «*fighting erupts*» [se producen combates]; arrojando dudas sobre el número de bajas, atribuido al «*Hamas-run health ministry*» [Ministerio de Sanidad, gestionado por Hamas]⁵. Sin embargo, las diferencias son tan visibles tanto entre los medios de comunicación tradicionales –*The Washington Post* respaldó casi inmediatamente las cifras procedentes de Gaza– como en el seno de los mismos. A finales de noviembre, un artículo de portada de *The New York Times* señalaba que el «ritmo de la muerte» y el «uso de armas de grandes dimensiones en

⁴ Omer Bartov, «What I Believe as a Historian of Genocide», *The New York Times*, 10 de noviembre de 2023.

⁵ El 17 de octubre *The New York Times* atribuyó inicialmente la explosión registrada en el hospital Al-Ahli a Israel, antes de revisar la noticia bajo presión. «Biden saltó a la palestra una semana después, declarando que “no sabía si los palestinos decían la verdad sobre el número de muertos”». Biden también se quejó en privado sobre los titulares de *The New York Times* acerca del asunto del hospital de Al-Ahli durante una reunión con banqueros de Wall Street», Matthew Petti, «Media Amplified US, Israeli Narrative on Palestinian Deaths», *Responsible Statecraft*, 20 de noviembre de 2023.

zonas urbanas densamente pobladas, incluidas bombas de 900 kilogramos de fabricación estadounidense» [tenían] pocos precedentes en este siglo», mientras que otro artículo daba a entender que la pausa en los combates había beneficiado a Hamás, mientras el consejo editorial del periódico se sumaba a los fatuos llamamientos efectuados para reactivar la solución de los dos Estados, culpando a los palestinos de su fracaso desde el «gran avance» de Oslo⁶.

Por debajo de estos medios de comunicación internacionales se encuentra un estrato de revistas neoyorquinas, que se ciñen más estrechamente a las preocupaciones de sus intelectuales locales, muchos de los cuales tienen intereses en la cultura judía y se hallan divididos por similares fisuras políticas de clase y de generación. En la derecha, los editores de la Generación X de *Tablet* repiten como loros la propaganda israelí, denunciando «imágenes escenificadas de palestinos sufriendo violencia», comparan a Yale con Hamás a través de Qatar y fustigan a Biden por hacer demasiado poco para «castigar» a Irán y a sus apoderados, «protegiéndolos así de las represalias»⁷. *Jewish Currents*, resucitada en 2018 como rival progresista de *Tablet* a partir de una antigua cabecera del Partido Comunista de Estados Unidos, ha conocido intensas batallas internas sobre la línea que debía seguir después del 7 de octubre, pero refleja claramente una visión *millennial*, incluyendo artículos contra la instrumentalización del antisemitismo y la supresión del discurso pro-palestino en Estados Unidos y publicando despachos enviados desde Gaza y Cisjordania, que califican las incursiones en la Franja como un «caso de genocidio de libro»⁸.

Dissent combina a sionistas e intervencionistas liberales de la «izquierda democrática» en su octava o novena década de vida –Michael Walzer, Michael Kazin y otros autores– con una cohorte distinta ahora en su tercera o cuarta década. Habitualmente ha intentado jugar a dos bandas: mientras Joshua Leifer se hace eco de sus mayores tras el 11-S, reprendiendo a la «ultraizquierda» de Brooklyn por ponerse del lado de los terroristas, Gabriel Winant puede argumentar por su parte, que

⁶ «The Only Way Forward», *The New York Times*, 25 de noviembre de 2023.

⁷ Richard Landes, «Pallywood's Latest Blockbuster», *Tablet*, 29 de noviembre de 2023; Armin Rosen, «What Yale has in Common with Hamas», *Tablet*, 28 de noviembre de 2023; Jay Mens, «Iran's Implausible Deniability», *Tablet*, 26 de noviembre de 2023.

⁸ El debate de *Jewish Currents* se evoca en un editorial que responde al 7 de octubre, véase Arielle Angel, «We Cannot Cross Until We Carry Each Other», *Jewish Currents*, 12 de octubre de 2023.

«el genuino sentimiento humano de que es posible llorar por igual a las víctimas de ambos bandos es, trágicamente, falso. Un bando tiene una enorme máquina de duelo, la mejor del mundo [...] el otro está hambriento de que se reconozca su dolor»⁹. A cierta distancia de estos intercambios intracomunitarios, *n+1* y *Jacobin* han adoptado las posturas más coherentes. El primero publica a críticos literarios como Saree Makdisi y a otros escritores de la corriente *slipstream* ligados a Black Lives Matter, que no muestran empacho alguno en afirmar que el atentado del 7 de octubre ha abierto un «agujero en los límites del mundo»; el segundo, en un tono menos lírico, critica a la corriente mayoritaria del Partido Demócrata por no apoyar un alto el fuego, al tiempo que subraya las posibilidades del movimiento obrero de forzarlo, si se vinculara con los movimientos palestinos a escala mundial¹⁰.

Mentes impresionables

Los campus universitarios, donde estudian y trabajan muchos de estos escritores, han sido durante mucho tiempo objetivo del *lobby* israelí. Durante la Segunda Intifada, este invirtió enormes recursos para contrarrestar a los grupos de estudiantes y profesores propalestinos, vigilándoles a través de organizaciones como la Caravan for Democracy, el David Project, Campus Watch, Canary e Israel on Campus Coalition, esta última organización dotada en parte de personal del AIPAC, financiada por el multimillonario Adam Milstein, y que al parecer informa directamente a Israel, violando las leyes estadounidenses¹¹. El crecimiento del movimiento Boicot, Desinversión, Sanciones (BDS), que se ha convertido en el punto de apoyo de la organización propalestina en

⁹ Jo-Ann Mort y Michael Walzer, «Israel Must Defeat Hamas—And Then Get Serious About Peace», *The New Republic*, 18 de octubre de 2023; Michael Walzer, «Even the Oppressed Have Obligations», *The Atlantic*, 6 de noviembre de 2023. Joshua Leifer, «Towards a Humane Left», *Dissent*, 12 de octubre de 2023: «La cuestión de si puede haber una izquierda decente se ha planteado perennemente en las páginas de esta revista, más claramente por Michael Walzer en 2002, pero debo admitir que a menudo he impugnado su premisa. [...]. Ahora me temo que he sido terriblemente ingenuo». Compárese Gabriel Winant, «On Mourning and Statehood: A Response to Joshua Leifer», *Dissent*, 13 de octubre de 2023: «En los varios días que pasamos discutiendo sobre si la izquierda era lo suficientemente decente respecto a las víctimas de Hamás, Israel preparó su máquina de genocidio, que ahora está poniendo a prueba».

¹⁰ *n+1* ha dado espacio a otras iniciativas surgidas en Nueva York, incluida una mesa redonda sobre el papel de Estados Unidos en el conflicto organizada en un seminario de la New School el 26 de octubre.

¹¹ Véanse los reportajes de James Bamford, incluido «Israel's War on American Student Activists», *The Nation*, 17 de noviembre de 2023.

los campus, ha provocado un renovado impulso de estas entidades, que han saltado de nuevo al ruedo para lidiar con la ola de protestas desencadenadas desde el pasado mes de octubre.

Estas protestas han sido objeto de información como si se trataran de los últimos episodios de una guerra cultural entre las elites, que ha visto a los camiones de Accuracy in Media circular por Harvard Yard, mostrando las caras, nombres y direcciones de los estudiantes que se habían atrevido a firmar una carta del Palestine Solidarity Committee de la Universidad, y que ha suspendido parcial o permanentemente las actividades de organizaciones como Students for Justice in Palestine, Coalition Against Apartheid, Jewish Voices for Peace y otros grupos en el MIT, en la Brandeis University y en Columbia University. Públicamente, la Anti-Defamation League ha presionado para que se investigue a Students for Justice in Palestine por «apoyar materialmente a una organización terrorista extranjera». En privado, su líder se interroga por la pérdida de influencia de Israel entre los jóvenes, mientras se pregunta si las celebridades influyentes podrían solucionar el problema. Los reporteros que cubrían las protestas para *The New York Times* se burlaron de repente de los efectos perniciosos de la «jerga académica» sobre las mentes impresionables, que estaban insertando la guerra en un contexto colonial y de justicia social con el que no tenía nada que ver¹².

Pero la represión no se ha limitado a las universidades de elite o a las grandes escuelas estatales colocadas bajo el pulgar de los Republicanos en Florida. La City University de Nueva York, el mayor sistema público urbano de Estados Unidos, está sometida a una doble presión: su rector emite declaraciones en las que estigmatiza las expresiones de solidaridad con los palestinos como «organizaciones internas que patrocinan concentraciones para celebrar o apoyar a Hamás», mientras la gobernadora de Nueva York, la demócrata Kathy Hochul, que había ordenado que todos los edificios estatales se iluminaran de azul y blanco y luego

¹² Los estudiantes propalestinos «consideran que su movimiento está relacionado con otros que han defendido a un pueblo oprimido [...]. Desde el punto de vista de los movimientos de resistencia, la causa propalestina es “anticolonial”. Contemplado desde el punto de vista de la lucha contra el racismo institucionalizado en Sudáfrica, Israel es un “régimen de *apartheid*”. A contraluz de los derechos territoriales de los nativos americanos, los palestinos son “pueblos indígenas”. Gaza es una forma de encarcelamiento masivo, “la prisión al aire libre de Israel”», Anemona Hartocollis y Stephanie Saul, «After Antisemitic Attacks, Colleges Debate What Kind of Speech Is out of Bounds», *The New York Times*, 9 de noviembre de 2023.

voló a Israel para mostrar su apoyo al «mundo civilizado frente al mundo incivilizado», lanzó una «investigación» para erradicar el antisemitismo en los veinticinco campus de la universidad¹³. En este caso, el problema para las autoridades es un alumnado de clase trabajadora de más de 200.000 estudiantes, el 40 por 100 de ellos inmigrante y el 75 por 100 de color, cuyo colectivo cuenta con una fuerte presencia propalestina.

Las protestas se han extendido más allá de las universidades a la mayoría de las ciudades grandes y medianas de Estados Unidos; aquí también, sin embargo, Nueva York es el epicentro. A mediados de octubre se había establecido un patrón de acciones relativamente pequeñas, pero diarias: manifestaciones de varios miles de personas desde el centro de la ciudad hasta la ONU, organizadas por organizaciones palestinas –Al-Awda, In Our Lifetime, Palestinian Youth Movement– junto con el Democratic Socialists of America (DSA) o el People’s Forum; protestas bulliciosas y muy concurridas en Bay Ridge, con una comunidad árabe diversa en el sur de Brooklyn; ocupaciones de Black Rock, JP Morgan o las oficinas de *The New York Times* en las que participaban a lo sumo unos cientos de personas o concentraciones a lo largo del recorrido del desfile de Acción de Gracias de Macy’s. Las acciones más espectaculares han sido organizadas por el grupo Jewish Voice for Peace: cierre de la Grand Central Station, toma de Liberty Island, bloqueo del puente de Manhattan, la concentración de una masa de camisetas negras en las que se leía «Not in Our Name». Un reto para estas coaliciones es crecer y converger; otro, más abrumador, es ir más allá de la desobediencia civil. El United Auto Workers (UAW) se ha convertido en el mayor sindicato en respaldar un alto el fuego frente a la Casa Blanca, un mes después de que lo hicieran los trabajadores de correos y muchos sindicatos locales, pero a ello le han seguido pocos paros y huelgas en los centros de trabajo. Los vínculos entre el campus, la calle y el lugar de trabajo son débiles o inexistentes; forjarlos ofrece la mejor oportunidad para romper la complacencia en la que se halla instalada la clase política y para impedir el funcionamiento de la maquinaria de guerra puesta a su disposición¹⁴.

¹³ Haciendo gala de un apetito por la complacencia teatral digno de su predecesor Andrew Cuomo, cuya dimisión a raíz de un escándalo de acoso sexual dio lugar a su ascenso inicial al cargo, Hochul se negó a volar rumbo a Nueva York, cuando se enteró de que su padre había sufrido un aneurisma cerebral en Florida: «El dolor de la señora Hochul hizo algunos de sus encuentros en Israel más intensos», Luis Ferré-Sadurni, «Kathy Hochul, Grieving Her Father’s Sudden Death, Presses On in Israel», *The New York Times*, 19 de octubre de 2023.

¹⁴ La posibilidad de organizar huelgas o paros para interrumpir la producción y el envío de armas a Israel –y el recuerdo de ejemplos actuales o pasados en este sentido, del Chile de Pinochet a la Sudáfrica del *apartheid*– ha sido un tema cons-

La potencia hegemónica y su ayudante

A este respecto puede resultar ilustrativo comparar brevemente los entornos de Nueva York y Londres. Las manifestaciones celebradas en la capital británica, que han sido las mayores de Occidente, creciendo en magnitud y volumen semana tras semana durante el mes de noviembre hasta alcanzar niveles de participación de casi un millón de personas, proporcionan un sentido indirecto de las fortalezas y vulnerabilidades de la izquierda allí surgida de las crisis económicas y políticas, que se remontan, más allá de 2008, a 2003. Esta masa humana que fluye por el West End, o a través del puente de Westminster hacia la embajada de Estados Unidos en Vauxhall, recuerda inevitablemente al acontecimiento que galvanizó este nivel de protesta. Fue su oposición a la invasión de Iraq lo que otorgó a Corbyn su atractivo moral, cuando optó por primera vez a la dirección del Partido Laborista, una década después de que Blair y Brown arrastrarán a Gran Bretaña a ese conflicto bélico al lado de Bush. La sensación de crisis que sacude al Partido en la actualidad refleja el mismo compromiso funesto, mientras Starmer, su actual líder, prosigue la purga desatada contra su predecesor llevándola mucho más allá de lo que la conveniencia electoral o la gestión interna del partido requeriría a fin de enviar de este modo una señal contundente a la embajada israelí y a Blair¹⁵.

Como en Estados Unidos, se ha abierto un abismo entre el sentimiento popular y cualquier expresión política significativa del mismo: el 80 por 100 de los votantes laboristas y el 64 por 100 de los conservadores desean que se produzca un alto el fuego. Una diferencia es la capacidad del tema para movilizar en Gran Bretaña y, por lo tanto, para dramatizar esa división. Ante esta oleada, Keir Starmer ha modificado continuamente su declaración inicial de que Israel tenía derecho a cortar el suministro de agua, electricidad y alimentos a Gaza —en esa jerga jurídica tan propia de él— «si lo hace cumpliendo el derecho internacional». En la práctica, ha

tante de *Jacobin*: Katy Fox-Hodess, «Dockworkers and Activists Can Block the Shipment of Arms to Israel», 27 de noviembre de 2023; Stephen Semler, «US Weapons Shipments to Israel Are Enabling War Crimes», 22 de noviembre de 2023; Olly Haynes, «Shut Down the Companies That Are Arming Israel's War», 18 de noviembre de 2023.

¹⁵ Como dijo el antiguo ministro de Defensa *tory* Michael Portillo, Starmer había «hecho exactamente lo que había que hacer» al oponerse a un alto el fuego en Gaza, ya que al gobierno estadounidense «le gustaría saber si un gobierno laborista iba a desviarse de la alianza con Estados Unidos, que es tan importante», *Good Morning Britain*, 5 de noviembre de 2023.

obstaculizado en el Parlamento por todos los medios posibles los intentos de imponer esta moción. Cuando el Scotland National Party presentó su propia moción de alto el fuego, Starmer advirtió de que los diputados que votaran a favor serían destituidos. De todos modos, cincuenta y seis diputados desafiaron la orden del Partido Laborista y respaldaron la enmienda en medio de un desplome del apoyo laborista entre los votantes musulmanes, que pasó del 75 al 5 por 100, lo que determinó el voto de diputados presionados desde Bradford a Birmingham, desde Blackburn a Luton. Cincuenta concejales han abandonado el Partido desde el mes de octubre pasado.

Este inusual disenso, desde las alturas de Westminster hasta el ayuntamiento de Burnley (Lancashire), sugiere que el elemento antiimperialista del corbynismo tiene potencial para resonar más allá de su electorado más fiel. ¿Y si estas escenas espontáneas de protesta y oposición a los reflejos del imperio hubieran encontrado un tribuno en el próximo primer ministro en lugar de la porra de un policía? Las protestas en el exterior del grupo parlamentario laborista –y sólo después en su interior– también han revelado los límites de la calumnia antisemita: aplicada sistemáticamente por *The Guardian* y la BBC a un activista antibelicista de modales suaves, demasiado sorprendido por la enormidad moral de tal acusación como para ser capaz de rebatirla adecuadamente, fue muy eficaz. Pero otra cosa fue cuando la ministra conservadora del Interior intentó lo mismo con casi un millón de personas, que marchaban bajo pancartas de paz y justicia: esta vez, fue ella, y no las «marchas del odio», la que cayó.

En el centro imperial se está desarrollando una dinámica diferente. Si la izquierda británica aún puede apoyarse, tras su derrota, en la corriente organizativa de «Stop the War», que se ha movilizado contra todas las aventuras militares imperiales desde la invasión de Afganistán, la izquierda estadounidense se enfrenta a sus propios límites. En este caso, el líder de los Democratic Socialists of America (DSA), Bernie Sanders, se negó a respaldar un alto el fuego, adoptando la misma línea que otros dirigentes del Partido Demócrata de primera fila: hacerlo, repitió durante dos meses, daría la victoria a Hamás, que Israel tenía todo el derecho a eliminar¹⁶. La trayectoria de Sanders, en comparación con la de Corbyn,

¹⁶ Kayla Guo, «On Israel's War Against Hamas, Sanders Faces a Backlash from the Left», *The New York Times*, 30 de noviembre de 2023. Faiz Shakir, director de campaña en 2020, explicó lealmente su posición: «Siendo una persona profundamente

y contempladas ambas desde sus respectivos intentos fallidos de liderar y reorientar sus respectivos partidos de centro-izquierda, habla de los diferentes tipos de desafío que ambos plantean a los órdenes realmente existentes. En primer lugar, en Estados Unidos no era necesaria una campaña de desprestigio antisemita: no solo porque su posible eficacia fue siempre dudosa –Sanders es judío y en Estados Unidos hay suficientes judíos que viven y discrepan públicamente entre sí como para que sea difícil suplantar su voz a través de una comité oficioso como sucede en Gran Bretaña–, sino por motivos políticos.

Después de concluir su campaña y apoyar a Biden en 2020, Sanders ha recibido una lluvia de elogios y presidencias de comités al hilo de un proceso que ya estaba en marcha cuatro años antes, cuando se unió a la dirección del Partido Demócrata. Muchos analistas han señalado la desilusión de sus admiradores *millennials* por su postura sobre Israel, mientras la mayoría se limitaba a elogiar su perspicaz sentido de Estado por encima de sus pasiones quijotescas. Sin embargo, es posible otra lectura de estos comportamientos, que no perdona ninguna de los dos posturas. Cuando Sanders y su principal asesor de política exterior elogiaron la agresiva propuesta de Biden de que la respuesta de la OTAN constituía «la opción progresista» en Ucrania, las voces que se alzaron para criticarles fueron menos numerosas y más suaves que ahora. Pero el imperio estadounidense no se sirve a la carta, como subraya la propia Casa Blanca a cada paso, vinculando ambos conflictos en sus repetidos intentos de conseguir nuevos fondos para financiarlos. La secretaria del Tesoro tranquilizó a sus conciudadanos desde los primeros combates en Gaza: sin duda «podríamos permitirnos» pagar dos guerras a la vez.

Alexander Cockburn identificó este problema hace décadas. Nunca le gustó Sanders, pero sus críticas eran políticas: acusaba a «la fábrica de aire caliente “independiente” de Vermont» de llevar a la izquierda al redil demócrata incluso después de que Clinton hubiera desmantelado el Estado del bienestar, aprobado la *Violent Crime Control and Law Enforcement Act* de 1994, implementado el bombardeo de Serbia por la OTAN y financiado –aunque no autorizado– las guerras en Afganistán e Iraq. Al analizar la fragilidad del movimiento antibelicista que surgió en aquella época, si se compara con el de la década de 1960, Cockburn argumentó que ninguno de los dos debería juzgarse únicamente por

comprometida y progresista a Bernie le resulta imposible defender que debemos confiar en Hamás, que es decididamente una fuerza en absoluto progresista».

su éxito a la hora de detener la guerra: «Los movimientos antibelicistas suelen ser más significativos en sus respectivos periodos de posguerra: educan a una nueva generación en actitudes y tácticas de resistencia»¹⁷. En la actualidad, la izquierda se enfrenta a una nueva situación en la que la mayoría de los jóvenes y de la gente de color está disgustada por los acontecimientos registrados en Palestina y con los Demócratas por hacerlos posibles: el antiimperialismo es una posición popular y no puede ser un elemento marginal del proyecto de redistribución económica con independencia de lo que surja después para implementar esas aspiraciones duales.

¹⁷ Alexander Cockburn: *The Golden Age is in Us: Journeys and Encounters 1987-1994*, Londres, 1994, pp. 414-415 ; «¿Qué ha sido del movimiento antibelicista estadounidense?» , *NLR* 46, septiembre-octubre de 2007.